

LA PRESENTACIÓN DE *Nin Reír*

BÁRBARA JACOBS

El martes 27 de octubre de 2009 recibí en mi casa en Coyoacán, de manos de Marco Perilli, amigo, escritor, editor, los dos primeros ejemplares de mi *Nin reír*, un ensayo narrativo sobre la risa a lo largo de la historia, la ciencia, el arte, mi vida y la literatura, dedicado a mi mamá, que al día siguiente cumpliría ochenta y ocho años de edad. *Nin reír* nació como la tesis universitaria con la que obtuve el grado de licenciatura en psicología en 1976. Alrededor de la mesa con mi esposo, Vicente Rojo, los tres comentamos las circunstancias y planeamos el lanzamiento de mi nuevo título.

**P**ero mi capacidad de júbilo estaba apagada. La expresión de mi cara era sonriente, como mi trato amable, pero internamente lloraba, y no tenía otro deseo que el de desaparecer, como el tímido al que, según Bergson, le estorba el cuerpo y busca a su alrededor un sitio escondido donde depositarlo.

No me veía como el centro de una presentación de libro tradicional, o me llenaba de inseguridad pedir a nadie que presentara mi libro, o me parecía que convocar a los invitados sería importunarlos, o temía que no llegaran, o me sentía incapaz de enfrentar que, al no poder, o al no

querer asistir, unos se vieran en la necesidad de disculparse antes y otros después, o de escabullírseme de entonces en adelante porque no habían asistido y no se habían disculpado ni antes ni después, o no sé qué tantos terrores más me invadían cuando en cambio hice el suficiente esfuerzo para atreverme a contraproponer a Perilli una rueda de prensa, proposición que él aceptó.

Taller Ditoria ocupa la número ocho de un bloque de casas iguales, frente a frente, cuatro a cada lado de una estrecha y no muy larga calle, una privada estilo porfirista o afrancesado, en Parque España 3, en

la colonia Condesa de la ciudad de México, junto a la Pastelería Suiza, fundada por un exiliado catalán a mediados del siglo XX, y muy cerca de la Sala Margolín, la tienda especializada en música clásica que desde 1950 ideó y manejó el también exiliado Walter Gruen, estudiante de medicina vienés cuya segunda esposa fue Remedios Varo.

Hace quince años, en 1994, Roberto Rébora fundó Taller Ditoria como editorial independiente, de libros hechos a mano, con tipos móviles, de tirajes de cien o doscientos ejemplares artesanales, de venta por suscripción, libros que combinan la letra, la palabra y la imagen. Pero Rébora también utiliza esta sede para pintar una semana cada dos al mes, cuando deja a Dominique, su esposa, y a sus dos pequeños hijos, y viaja de noche de Guadalajara acá por autobús para reunirse con sus colaboradores en Taller Ditoria, un impresor, un cajista y encuadernador, una administradora, una comunicadora, un diseñador, y su amigo Marco Perilli, que en 2008 lanzó los tres primeros títulos de su colección de ensayos literarios, *Autoría*, que acaba de publicar mi *Nin reír*, con el sello editorial de Taller Ditoria y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Roberto y Marco se conocieron veinteañeros en Florencia, en donde Roberto se formaba como pintor y Marco estudiaba la carrera de letras. Cuando Roberto regresó a México, tras otra larga estancia en la ciudad

1 N. de la E. La columna "A la letra" se incluyó después de la fecha de cierre de edición. La revista abarca del trimestre octubre-diciembre del 2009 y aquí se habla de eventos ocurridos a finales de octubre y mediados de noviembre de 2009.

de Nueva York, Marco empezó a venir a visitarlo a México, hasta que, después de pasar temporadas cada vez más extensas en nuestro país, y dar cursos de italiano y seminarios sobre Dante y sobre historia del arte, en el Instituto Dante Alighieri, en la Universidad Claustro de Sor Juana, en la Casa Lamm y en la Universidad Iberoamericana, hijo único, decidió dejar a sus padres, Italia, y su editorial y revista *Auico* atrás, y hacerse inmigrante mexicano.

La víspera de la fecha acordada para mi rueda de prensa del jueves 19 de noviembre, el júbilo y la satisfacción, la confianza en mí misma, la sensación de bienestar y lozanía en los que debería encontrarme ante la publicación de mi libro, eran emociones y estados que seguían apagados dentro de mí. Para ocultar su ausencia, compré postres libaneses para no llegar con las manos vacías a una cita de trabajo con mis editores y los medios, que difundirían la publicación. La necesidad de disfrazar la fragilidad y el decaimiento en los que me sentía, me orilló a comprar un par de botas que, a la mañana siguiente, sin embargo, no me vi capaz de estrenar, las dejé en su caja para devolverlas a la zapatería La Milagresa, sin haberles dado oportunidad de hacerme el milagro de sostenerme y darme fuerza. Me parecieron incompatiblemente festivas para una escritora que no había sido lo suficientemente valiente para ser el centro de una presentación tradicional de libro, el undécimo de su bibliografía, el decimocuarto si toma en cuenta tres antologías de las que es autora o coautora; *Once o catorce*, vacilé con titular esta crónica, descarté el título abstracto pero llamativo, lo sustituí por uno

descriptivo pero ordinario. ¿Por qué no logro reír de gusto? ¿Por qué no recibo mi libro más que llorando internamente?

Me recibió Gabriela Pérez, la comunicadora de la editorial, química y catedrática universitaria, directora de la revista *Ciencias* de la Universidad Nacional. En cuanto franquéé la puerta, de madera, verde, Roberto Rébora me presentó al impresor, Gilberto Moctezuma, que detuvo la prensa *La Dominga* para darme la mano, y al cajista y encuadernador Jorge Jiménez. Elogió la fuerza del brazo del primero; del segundo me advirtió, delante de él, que era muy mal hablado. Jiménez rió de buena gana y me mostró la caja de letras tipográficas con la que empezó Taller Ditoria, un regalo azaroso y detonador de José Clemente Orozco Farías, el diseñador de la editorial artesanal. Detrás de mí llegó Barbara Bertoni, amiga de todos y mi traductora al italiano.

La estrechez del vestíbulo, constreñido aún más por el cubo de la escalera para subir a la segunda planta; los techos altos, el amontonamiento de cajas y papeles sobre el piso, encima de los muebles, en alteros sobre las gradas, el yeso deteriorado de los muros, desprendiéndose, desmoronándose, pero especialmente la atmósfera del lugar, los recortes de prensa, las fotografías, los dibujos colgados con tachuelas de las paredes, las hojas impresas o manuscritas tendidas como a secar a lo largo de lazos sujetos aquí y allá en el costado de un atiborrado librero; una mesa arrinconada, cubierta con un mantel a cuadros rojos y blancos, con tazas y cafeteras encima, vasos en orden, botellas de vino,

los postres libaneses que María Teresa Gerard, la administradora de Ditoria, matemática, acomodó cuidadosamente, maternalmente, artísticamente, en una charola de cartón; las sonrisas del equipo de operadores del Taller, la del propio Marco, que llegó por metro de su casa en el Centro Histórico y se incorporó al grupo sonrojado, de chaleco de lana, y la de Roberto mismo, la calidez con la que mediante su conversación, culta, delicada, no hacía más que darme la bienvenida, la emotividad con la que recordó la inauguración de Taller Ditoria, a la que yo había asistido con Augusto Monterroso, la sobrecogedora nostalgia con la que evocó la memoria de su papá, la intensidad con la que me contó cómo roba tiempo a todo para pintar, esto, o no sé qué, se me representó como una sucesión vívida y estremecedora de escenas de la vida bohemia; cierto aire invernal, una penumbra a las doce del día, recorrida por viento ligero pero frío, aumentaban mi languidez, mis deseos de buscar un sitio escondido donde depositar mi estorbo cuerpo, anhelo interrumpido, sensaciones acalladas por la aparición de la primera periodista que llegaba a la rueda de prensa, con la que subimos todos al salón en el que nos acomodamos en sillas, bancos, recargados contra caballetes, a medida que fueron llegando los demás representantes de los medios convocados, que a partir de esa misma tarde empezaron a difundir la publicación de *Nin reír*, título que tomé del proverbio moral de Sem Tob que dice, “Non hay sin noche día / Nin reír sin llorar” 🐦